

rojes esa duda..... esa duda que puede dar al traste con tu felicidad, con la de Isabel y con la mia.

—Alzad! señor..... alzad; no os vea mi padre y diga..... Por Dios!

—Me crees ahora?

—Sí, sí..... quién se atreveria á dudar de un caballero como vos lo sois,—dijo Juanilla tomando á Mendoza por las manos, é invitándole á que se pusiese en pié; si me engañais, señor, Dios os lo demande. Yo no habré hecho una maldad, sino arrastrada por mis buenos deseos.

—Eres divina, Juana,—replicó Mendoza estrechando una de las manos de la jóven.—Quedamos?

—Os espero, señor Mendoza.

—Gracias mil! Juanita..... me permites que.....

—Cuidado! besarme la mano.....

—Juanita.....

—Idos, señor... hemos hablado mucho, y pueden notarlo.

Mendoza estampó un beso en la mano de Juana, se puso el sombrero y salió murmurando:

—Canario! he ganado á esa pazguata palmo á palmo. La pobre se ha dejado coger como un gorrion, y me ha creído como á los apóstoles. ¡Pobres mujeres! Qué poco trabajo cuesta fascinarlas!.....

Entretanto, Juana, viendo alejarse á D. Gaspar, decia para su sayo:

—Qué necio es este señoron! ¡Pobres hombres, tan vanidosos, y más que vanidosos imbéciles! Cree haber hecho una conquista, cuando él es el que se marcha conquistado..... ¡ja! ¡ja!.....

Autores graves aseguran que todos los casos de seducción son de este género.

ACERCÁBASE el término fijado por Negromonte á la existencia de Isabel. Chirinos, resuelto á dejar libre el paso á los destinos de la jóven, si esta permanecía inflexible, quiso por última vez probar si con sus ruegos lograba obtener algo que consolara su esperanza. Una larga entrevista donde agotó los recursos todos de la elocuencia, sin perdonar las lágrimas, le mostraron que el amor no se obtiene, como la limosna, á fuerza de súplicas. Que el ruego sirve muchas veces para hacer, no ya molesto, sino aborrecible, á un desdichado de esos que aman por una fatalidad á quien los desprecia. Chirinos adoptaba con Isabel esa táctica llamada por muchos con el nombre de *romanticismo*; es decir, un conjunto de prácticas dirigidas todas á mostrar que nos consume la mas negra melancolía. Esto será siempre una locura, y una locura siempre inútil. Nada mas interesante que esa dulce tristeza prendida como un velo sobre la frente de la ju-

ventud que sueña con las ilusiones de su primer cariño; pero nada mas horroroso que la adusta palidez de un semblante que muestra en las miradas, no la amargura de los que aman sin esperanza, sino el profundo padecer, la sombría resignacion y los tormentos de un condenado. El tipo del amante lloroso, demacrado, lívido, que persigue á las hermosas con ayes dolientes, mostrándoles su cabellera encanecida por el insomnio, y su corazon hipertrofiado ceñido por coronas de espinas, se reproduce en todos los tiempos, agobiado por los desdenes y aun correspondido con los ultrajes. La mujer detesta la vanidosa confianza de un fátuo y se complace en despreciarle; pero le da miedo cuando uno de esos hombres de largas melenas, de ojos hundidos y empañados como los de un cadáver, cae á sus piés hablándola de penas devoradoras, de desesperaciones infernales, de gemidos horribles, de amor que devora como el incendio, de noches que se alargan como la eternidad, de dolores que se extinguen con el suicidio y de almas que se abisman en el infierno.

Isabel huyó azorada con el aspecto y las palabras de Chirinos; y este, convencido ya de que nada bastaria para humanizarla, y queriendo, como todos los amantes, ver primero muerta que en brazos de otro á la mujer que era su ensueño, salió, dejándola abandonada de una vez á la política de Negromonte.

—Pero no,—decia retirándose por la huerta,—yo necesito hacer apurar á esa mujer la copa de una lenta venganza. El puñal mata como el rayo. La muerte no es la causa, sino el remedio, de los tormentos. Es fuerza que sufra un dolor parecido al mio, como seria, si no el desprecio, la eterna ausencia del que ella ama. Yo haré que D.

Gaspar de Mendoza perezca á manos de Tetzahuitl, sin echar mano de esa torpe medida de Negromonte; porque necesito que esa mujer viva. Será mi amante por su voluntad, cuando yo le muestre que con su resistencia perderá á Tetzahuitl, colocado ya sobre la rueda del tormento. Y cederá por el engaño; y con todo, Tetzahuitl perecerá como asesino de Mendoza, y ella se hundirá en el abismo de su inútil deshonor, y llorará al perdido amante, y yo me gozaré en su martirio.

—Perdonad, señor..... no se sale por esa puerta,—le dijo á este tiempo una voz que venia como de los árboles. Chirinos levantó los ojos y vió á Zapata, que sentado en el brazo de un álamo, pasaba el tiempo metiendo la tijera en las ramas marchitas.

—Hola! sois de casa?—le preguntó Chirinos.

—Sí, señor..... mande vuesamerced.

—Qué sois aquí?

—Lo mismo que en todas partes, señor..... un criado de vuesamerced.

—Bajad, si lo teneis á bien.....

Zapata se dejó deslizar por el tronco, y adelantó, sombrero en mano, hasta colocarse á algunos pasos de Chirinos.

—Sois jardinero?—preguntó este.

—Sí señor.

—Cuánto teneis por salario?

—Nada, señor..... aquí duermo y cómo solamente; y sirvo por pagar esta deuda de gratitud.

—¿Quereis servirme á mí?.....

—Yo?.....

—Vamos..... tendreis un poco mas de lo que os dan en esta casa, y os molestareis mucho menos.

—Pero es, señor..... que.....

—Decid vuestros inconvenientes; yo prometo allanarlos todos.

—Oh! si os dijera á vuesamerced cuál es mi apuro.....

—Hablad.....

—Poco despues de aquella noche que os oculté en mi cuarto para que viéseis las personas que entraban.....

—Adelante.

—Riñeron D. Andrés Tapia y D. Francisco de Medina. Lo único que puedo deciros es que por mal de mis pecados tuve yo la culpa..... y los dos me persiguen.....

—Riñeron?..... y por qué causa?

—¿Ignorais por qué se muerden dos perros, cuando la casualidad arroja entre los dos un mendrugo? Oh! y el mas codiciado!

—El mando?

—La mujer.

—Doña Luz?.....

—Lo habeis dicho.

—Magnífico!—dijo para sí Chirinos;—ya veremos qué partido saca de este amor Negromonte. Conque,—añadió,—la enfermedad que tiene postrados á esos dos valientes, no es otra que las cuchilladas?.....

—Sí, señor.

—¿Y cómo es que os hallais complicado en el asunto?

—Ah! mi mala memoria, señor no avisé á D. Francisco, es decir, me olvidé completamente de que estaba en la casa el capitan Tapia; se encontraron, los dos se tenian odio de rivales, y.....

Se afianzaron. Bien hecho; y decís que os persiguen?

—A muerte. Me han tenido preso.....

—Descuidad. Desde hoy quedais bajo mi amparo; pero necesito de vuestra ayuda.

—Nada valgo; pero estoy pronto á las órdenes de vuesamerced.

—¿Teneis donde podamos hablar con entera confianza?

—Oh! sí, señor; tomáos la molestia de seguirme.

Los dos se pusieron en marcha y llegaron al reducido aposento que Juana habia destinado á su padre. Zapata dobló su ferreruelo, y le puso en el asiento de un banco para que Chirinos se sentase; él se mantuvo en pié, dispuesto á escuchar las palabras del señor factor.

—Sentáos,—dijo éste.

—Señor!

—Sentáos.

Zapata aproximó otro banco y obedeció á Chirinos.

—Podeis hablar, señor,—dijo.

—Bien; yo amo á tu señora, y pienso robármela. Deseo que tú me des algunos informes necesarios para preparar el golpe.

—Señor.....

—Toma,—dijo Chirinos sacando de su limosnera un puñado de oro, y soltándole sobre las rodillas de Zapata.

—Qué haceis, señor?

—Nada; responde si puedes servirme.

—Oh! yo aseguro á vuesamerced que si mi hija no estuviera de por medio, yo no vacilaria en sacrificarme. Ella recibe grandes mercedes de la señora.....

—Teneis hija?

—Sí.....

—Queda tambien á mi cargo. No temais por su suerte.

—Siendo así, podeis disponer de mi persona.

—¿Qué hora juzgas tú que sea conveniente para el negocio?

—Señor..... como este debe ser un negocio muy reservado, creo que debe ejecutarse entre las sombras de la noche.

—Es cierto.

—Ahora, no hay mas que dos inconvenientes: mi hija, que se aparta rara vez de la señora, y un criado maldito que no se separa de mi lado. Pero es fácil mandar á Juana fuera de la casa; y si teneis á bien dejarme otro pequeño número de ducados, os aseguro que el otro no nos hará mala obra.

—Tomad esto,—replicó Chirinos, vaciando completamente su limosnera en las manos de Zapata. ¿Creeis que será suficiente?

—Oh! sí..... —replicó el otro viendo cómo rodaban los ducados, y estrechando los que querian escapársele.—Resta saber el proyecto que tenia dispuesto vuesamerced.

—El mas natural: que una persona se encargase de alejar del lado de Isabel á la pequeña servidumbre que la rodea; que la misma persona me facilitase la entrada á ciertas horas, hasta el interior de la casa, y yo me encargaria de todos los otros pormenores.

—Pensais sorprenderla en su lecho?

—Es lo mejor; cuando despierte ya no tendrá tiempo de usar el arma favorita de las mujeres.....

—¿Qué decís señor?..... Luego esa jóven debe ser arrebatada por la fuerza?

—Por mi abuela! pues si así no fuera, de qué me servirian tantas precauciones? Yo la tomaria por la mano y nos marchariamos á casa por entre dos filas de espectadores, á la luz del sol, y llevando por delante banderas, heraldos y

música de atabales y trompetas. ¿Me la robo.... entendeis? la saco, á pesar suyo, y habrá danza de gritos, y rasgadura de ropas, y dedos señalados en la garganta, y brazos desollados por el mecate, y maldiciones y golpes, y mordidas é infiernos; y por eso busco la noche, y la soledad, y el desamparo, y el valor, y el secreto. Habeis comprendido?

—Confieso que no me figuraba.....

—Bah! sois un pobre hombre bien extraño..... y queis decirme qué os importa que esa jóven sea arrebatada por su voluntad ó por la fuerza?

—Ah! señor..... yo he cometido muchas maldades en los años que me ha dado Nuestro Señor para purgar mi pobre ánima, y estoy fatigado de ser malo.....

—Hola!..... y desde cuando os confesásteis rendido?

—Ha muchos años..... yo.....

—Cómo! tanto tiempo llevan en la cama Tapia y Medina? ha tanto tiempo que Doña Luz ahoga en llanto una pasión que no hubiera nacido sin vuestros buenos oficios? hace años que introdujisteis á esos pícaros hasta el tálamo del caballero Estrada..... que si lo supiera.....

—Oh! pero quién pudiera decírselo?

—No sospechais quién?

—No creo que ninguno de los que saben.....

—Pobre hombre! creeis acaso que yo correria peligro si lo dijese?

—Vos! señor.....

—Yo, amigo mio.

—Luego vuesamerced quiere que se le sirva á todo trance?

—Os lo repito.

—Pero supuesto que me perdereis si rehuso, no me ofrecéis nada en cambio de mis servicios?

—Si á fé; dije ya que la suerte de vuestra hija quedará asegurada: qué quereis para vos?

—Para mí, señor..... os hablaré claro: dadme dinero, y yo me proporcionaré lo que sea de mi gusto.

—Tendreis doscientos pesos de oro.....

—Señor!.....

—Trescientos.

—Yo.....

—Cuatrocientos.

—Permitid.....

—Quinientos.

Zapata sintió el vértigo de la codicia, y casi dobló las rodillas ante aquella promesa, que le parecia un sueño.

—Podeis mandar,—dijo á Chirinos.

—Disponed todo para esta noche,—dijo el factor.

—Tan pronto?.....

—Sí, dadme la llave de este postigo.

—Ah!..... la tiene Juana..... pero no tengais la menor inquietud..... Llamad á la hora que llegueis, y os abriré sin dilatar un momento.

—Bueno. Quedad con Dios, y os encargo que preveniais todo lo necesario, como si en ello os fuera la cabeza,—dijo Chirinos, poniendo en estas palabras un tono cuya profundidad no se escapaba á la penetracion de Zapata.

—Soy un servidor de vuesamerced,—dijo este inclinándose al pasar el factor, que no dilató en alejarse por una de las avenidas de la huerta.

Cuando Zapata se halló solo, fijó su vista en los ducados esparcidos por el suelo; estrechó contra su corazon los que tenia en las manos, y permaneció algunos instantes como arrobado en un abrazo de felicidad suprema.

Pero á poco, su rostro comenzó á adquirir una expresion extraña; parecia que la sombra de una nube pasaba por su frente con majestuosa lentitud, nublando los primeros rayos de la alegría. Su cabeza se dobló, sin duda bajo el peso de anticipados remordimientos. Los brazos, acometidos de desmayo, dejaron de oprimir el seno; las monedas cayeron de golpe y huyeron en todas direcciones, produciendo un ruido sordo y brillando al rodar sobre el pavimento.

Zapata acabó de abrir los brazos, arrojando lejos de sí los últimos ducados que le quedaban; irguióse, y dió un fuerte talonazo en el suelo, exclamando como el poeta español: *¡Maldita sed del oro!*

—Tú eres la causa de mis miserias! tú fuiste á sorprenderme á la cabaña de mis padres! tú me arrancaste de los brazos de mis hermanos. Por tí crucé el mar! Por tí dejé el nido feliz que Dios me dió, como á las aves sobre los peñascos del Guadarrama! Por tí rasgué el pellico del pastor y bajé del jumento, y me ajusté las piezas del arnés y monté sobre el caballo de guerra, y me metí en el humo y el trueno. Mis manos rústicas, acostumbradas á segar la yerba del prado, segaron cabezas; y mis labios, frescos todavía con los cristales de la montaña, se inclinaron para apagar la sed sobre charcos de sangre..... Maldita codicia, no seguirás perdiéndome. Juro por Cristo que ese infame tendrá que pasar sobre mi cuerpo, antes de tocar á esa dama.